

ESPAÑA

Manuel Vilas

DVD, Barcelona

234 pp.

14 €

Combinaciones

Emilio Peral

1 febrero, 2009

Excelente poeta –es autor de *Resurrección* (XV Premio Gil de Biedma, 2005) y *Calor* (VI Premio Fray Luis de León, 2008)–, Manuel Vilas no presenta peores credenciales como narrador, una trayectoria avalada por el sorprendente libro de relatos *Zeta* (2002) –ejemplo de la integración armónica entre los iconos de la modernidad y la buena prosa– y la encomiable novela *Magia* (2004). Con este breve pero sólido bagaje, el autor de Barbastro nos presenta *España*, una novela poliédrica que compone, a

partir de pedazos de muy diversa condición, un retrato borgiano –y también kafkiano– (dos nombres, los del cuentista argentino y el novelista checo que aparecen por doquier en medio de la ficción literaria) de esa no menos confusa y compleja realidad que da nombre común a nuestro país. Enmarcada en un experimento de ciencia ficción –casi a lo Buero Vallejo en *El tragaluz*–, los múltiples relatos que componen la unidad se plantean como las diversas perspectivas de enfrentarse a la España que le da título; pero si en el drama de Buero el marco daba paso al desarrollo de una ficción costumbrista, bien salpicada por toques de macabro expresionismo, en la novela de Vilas asistimos a la integración de un granado abanico de géneros –desde la novela erótica hasta el relato social, pasando por el ensayo filológico, filosófico, científico y sociológico– en lo que constituye una carta de presentación de sus posibilidades creativas, sabiamente aderezadas por un humor negro que todo lo salpica, en un proceso de relativización carnavalesca de fenómenos y personajes tan dispares como ETA, Nino Bravo, Comisiones Obreras o el propio rey Juan Carlos I. Y todo ello a través de la descomposición más absoluta del narrador dicente, tan pronto ficcionalizado en la figura del propio Vilas como metamorfoseado en mil otros seres cuya subjetividad permite dar rienda suelta a las más rocambolescas interpretaciones, cuando no a falseamientos de una historia que, a golpe de intertextualidad ficticia de impronta borgiana, crea lo no creado y derrumba lo comúnmente admitido, pues ese y no otro es, en fin de cuentas, el propósito de la buena literatura: sublimar la realidad –llámese España, Castilla o Cataluña– para renombrarla y, así, reinventarla. Es lástima que dicho procedimiento se dilate, de forma innecesaria, y llegue a cansar a un fascinado lector, que, llegado el caso, acepta sin molestarse que don Quijote sea un «ruso y soviético y leninista», que Bolívar sea «italiano» o que Colón haya nacido en Cataluña.